

—¡Qué tiempo tan malo! —comenté. —Lamento, señora Heathcliff, que la puerta haya sufrido las consecuencias de la negligencia de sus criados. Me ha costado un trabajo tremendo hacerme oír.

Ella no despegó los labios. La miré atentamente, y ella me correspondió con una mirada tan fría, que resultaba molesta y desagradable.

—Siéntese —gruñó la joven. —Heathcliff vendrá enseguida.

Obedecí, tosí y llamé a June, la perversa perra, que esta vez se dignó mover la cola en señal de que me reconocía.

—¡Hermoso animal! —empecé. —¿Piensa usted desprenderse de los cachorrillos, señora?

—No son míos —dijo la amable anfitriona con un tono aún más repelente que el que hubiera empleado el propio Heathcliff.

—Entonces, ¿sus favoritos serán aquellos? —continué, volviendo la mirada hacia lo que me pareció un cojín con gatos.

—Serían unos favoritos bastante extravagantes —contestó la joven desdeñosamente.

Desgraciadamente, los supuestos gatillos eran, en realidad, un montón de conejos muertos. Volví a toser, me aproximé al fuego y repetí mis comentarios sobre lo desagradable de la tarde.

—No debía usted haber salido —dijo ella, mientras se incorporaba y trataba de alcanzar dos de los tarros pintados que decoraban la chimenea.

Ahora, a la claridad de las llamas, yo podía distinguir por completo su figura. Era muy esbelta, y al parecer apenas había salido de la adolescencia. Estaba admirablemente formada y poseía la más linda carita que yo hubiese contemplado jamás. Tenía las facciones menudas, la tez muy blanca, dorados bucles que pendían sobre su delicada garganta, y unos ojos que hubieran sido irresistibles de haber ofrecido una expresión agradable. Por fortuna, para mi sensible corazón, aquella mirada no manifestaba en aquel momento más que desdén y algo como una especie de desesperación, que resultaba increíble en unos ojos tan bellos.

Como los tarros estaban fuera de su alcance, intenté auxiliarla; pero se volvió hacia mí con la airada expresión del avaro a quien alguien quiere ayudarle a contar su oro.

—No hace falta que se moleste —dijo—. Puedo cogerlos yo sola.

—Perdone —me apresuré a contestar.

—¿Está usted invitado a tomar el té? —me preguntó, poniéndose un delantal sobre el vestido y sentándose mientras sostenía en la mano una cucharada de hojas de té que había sacado del bote.

—Tomaré una taza con mucho gusto —respondí.

—¿Está usted invitado? —insistió.

—No —dije, sonriendo—; pero nadie más indicado que usted para invitarme.

Volvió a echar en el bote el té, con cuchara y todo, y de nuevo se sentó frunciendo el entrecejo, e hizo un pucherito con los labios como un niño que está a punto de llorar.

El joven, entretanto, se había puesto un andrajoso gabán, y en aquel momento me miró como si entre nosotros existiese un resentimiento mortal. Yo dudaba de si aquel personaje era un criado o no. Hablaba y vestía toscamente, sin ninguno de los detalles que Heathcliff presentaba de pertenecer a una clase superior. Su cabellera castaña estaba desgredadísima, su bigote crecía descuidadamente y sus manos eran tan burdas como las de un labrador. Pero, con todo, ni sus ademanes ni el modo que tenía de tratar a la señora eran los de un criado. En la duda, preferí no aventurar juicio sobre él. Cinco minutos después, la llegada de Heathcliff alivió un tanto la molesta situación en que me encontraba.

—Como ve, he cumplido mi promesa —dije con acento falsamente jovial

— y temo que el mal tiempo me haga permanecer aquí media hora, si quiere usted albergarme durante ese rato...

—¿Media hora? —repuso, mientras se sacudía los blancos copos que le cubrían la ropa. —¡Me asombra que haya elegido usted estar nevando para pasear! ¿No sabe que corre el peligro de

perderse en los pantanos? Hasta quienes están familiarizados con ellos se extravián a veces. Y le aseguro que no hay probabilidad alguna de que el tiempo mejore.

—Quizá uno de sus criados pudiera servirme de guía. Se quedaría en la granja hasta mañana. ¿Puede proporcionarme uno?

—No; no me es posible.

—Bueno... pues entonces habré de confiar en mis propios medios...

—Hum...

—¡Qué! ¿Haces el té o no? —preguntó el joven del abrigo andrajoso, separando su mirada de mí para dirigirla a la mujer.

—¿Le sirvo también a ese señor? —preguntó ella.

—Vamos, termina, ¿no? —repuso él con tal brusquedad que me hizo sobresaltarme. Había hablado de una forma que delataba una naturaleza auténticamente perversa. No sentí desde aquel momento inclinación alguna a considerar a aquel hombre como un individuo extraordinario.

Cuando el té estuvo preparado y servido en la mesa, Heathcliff dijo:

—Acerque su silla, señor.

Todos nos sentamos a la mesa, incluso el tosco joven. Un silencio absoluto reinó mientras tomábamos el té.

Pensé que, puesto que yo era el responsable de aquel nublado, debía ser también quien lo disipase. Aquella taciturnidad que mostraba no debía de ser su modo habitual de comportarse. Así pues, lo intenté:

—Es curioso el considerar qué ideas tan equivocadas solemos formar a veces sobre el prójimo. Mucha gente no podría imaginar que fuese feliz una persona que llevaba una vida tan apartada del mundo como la suya, señor Heathcliff. Y, sin embargo, usted es dichoso rodeado de su familia, con su amable esposa, que, como un ángel tutelar, reina en su casa y en su corazón...

—¿Mi amable esposa? —interrumpió con diabólica sonrisa. —¿Y dónde está mi amable esposa, si se puede saber?

—Me refiero a la señora Heathcliff.

—¡Ah, ya! Quiere usted decir que su espíritu, después de desaparecido su cuerpo, se ha convertido en mi ángel de la guarda y custodia Cumbres

Borrascosas. ¿No es eso?

Comprendí que había dicho una tontería y traté de rectificarla. Debía haberme dado cuenta de la mucha edad que llevaba a la mujer, antes de suponer como cosa segura que fuera su esposa. Él contaba alrededor de cuarenta años, y en esa edad en que el vigor mental se mantiene plenamente no se supone que las

muchachas se casen con nosotros por amor. Semejante ilusión está reservada a la ancianidad. En cuanto a ella, no representaba arriba de diecisiete años.

Entonces, como un relámpago, surgió en mí esta idea: «El grosero personaje que se sienta a mi lado, bebiendo el té en un tazón y comiendo el pan con sus sucias manos, es tal vez su marido. Estas son las consecuencias del vivir lejos del mundo: ella ha debido casarse con este patán creyendo que no hay otros que valgan más que él. Es lamentable. Y yo debo procurar que, por culpa mía, no vaya a arrepentirse de su elección». Semejante reflexión podrá parecer vanidosa, pero era sincera. Mi vecino de mesa presentaba un aspecto repulsivo, mientras que me constaba por experiencia que yo era pasablemente agradable.

—La señora es mi nuera —dijo Heathcliff, en confirmación de mis suposiciones; y, al decirlo, la miró con expresión de odio.

—Entonces, el feliz dueño de la hermosa hada es usted — comenté, volviéndome hacía mi vecino.

Con esto acabé de poner las cosas mal. El joven apretó los puños, con evidente intención de atacarme. Pero se contuvo y desahogó su ira en una brutal maldición que me concernía, y de la que no me di por aludido.

—Está usted muy desacertado —dijo Heathcliff. —Ninguno de los dos tenemos la suerte de ser dueños de la buena hada a quien usted se refiere. Su esposo ha muerto. Y, puesto que he